

Kurt Kriz

## La bucarofagia en el Siglo de Oro

### Los efectos deseados y los efectos secundarios dañinos por la salud<sup>1</sup>

Universität Wien  
kurt.kriz@hotmail.com

Durante el Siglo de Oro y, muy especialmente en el siglo XVII, se puede constatar una práctica cosmética que alcanzó una difusión sin precedentes: la ingesta de barro o arcilla por parte de damas y doncellas. Velázquez immortalizó esta moda aristocrática en *Las Meninas*, poniendo en la mano de la dama Maria Agustina Sarmiento un *búcaro* —recipientes para conservar, saborizar, perfumar y enfriar el agua— sobre una bandeja de plata, que ofrece a la princesa Margarita de Austria. El cuadro, así, muestra la fuente principal de barro de la que se proveían las mujeres adictas a él.

El barro se comía en diferentes preparaciones. Por una parte, podía consumirse en forma de búcaros. Estos se llenaban de agua y, al cabo de un tiempo, el líquido permeaba la arcilla por lo que, tras aproximadamente una hora, se evaporaba la mitad, lo que enfriaba el resto. Era costumbre beber agua fresca y *comer el recipiente después*.

Por otra parte, se comía en forma de *golosinas* (pequeñas porciones de barro que las damas llevaban como cuentas de collares), por lo que Covarrubias describe estos trozos de búcaro como «golosinas viciosas».

---

<sup>1</sup> Revisado por Fernando Sanz-Lázaro. Publicado como parte del proyecto FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P32263-G30).

En España se producían búcaros en Toledo y Badajoz, pero los más famosos provenían de Estremoz en Portugal. Buen ejemplo de ello da Isabel de Portugal, quien, en su boda con Carlos V, aporta como dote, entre otras cosas, diecisiete búcaros de Montemor-o-Novo, localidad alfarera en la región del Alentejo, cerca de Estremoz (Seseña, 2009, p. 32). No obstante, también se valoraban extraordinariamente los búcaros procedentes del Nuevo Mundo, sobre todo los de Tonalá, en México.



Imagen 1 Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, *Las Meninas*, 1656.

Nos interesa, en primer lugar, conocer por qué las damas del siglo de Oro comían barro, cuáles eran las consecuencias de la bucarofagia y por qué llegaban a desarrollar esta adicción. Las principales razones que las llevaban a ello eran cinco, a saber: blanquear la piel, adelgazar, provocar la contracepción, contrarrestar la hipermenorrea y potenciar la fecundidad.

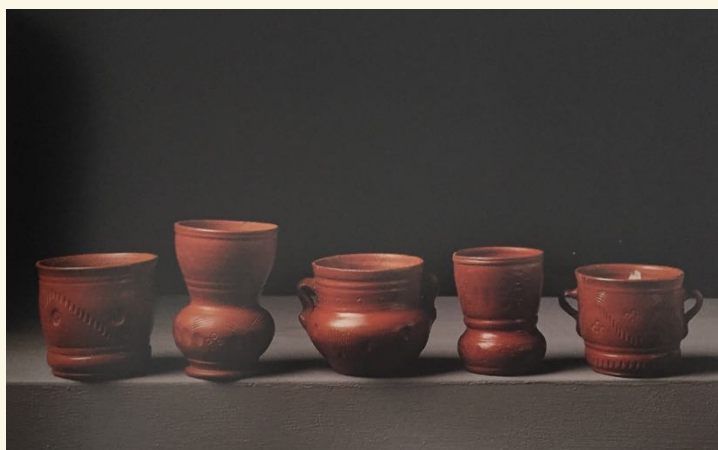


Imagen 2 Búcaros de barro de Estremoz (s. XVI-XVII).

Como sabemos, durante la época, la palidez del rostro era muy deseada ya que se consideraba expresión de la máxima belleza. Esta podía conseguirse mediante la ingestión de barro cocido. El mecanismo consistía en hacer palidecer la piel a consecuencia de una anemia que, a su vez, es el resultado de un trastorno de la resorción del hierro en el intestino debido a la presencia de la arcilla. Esto es, se trataba de una anemia, por deficiencia de hierro, aunque ya entonces, se sabía que esta forma de anemia se podía tratar y mejorar con la aplicación de hierro. Los paseos hacia las fuentes de agua ferruginosa eran conocidos, por lo que muchos poetas, como Lope de Vega, los describen.

¿Pues tú, con manto?  
Di luego dónde llevaste  
a mi prima, o por los labios  
te haré tomar el acero  
que a nuestras honras has dado. (*El acero de Madrid*, vv. 3166-3170)

Como estas salidas también eran usadas como excusa para encuentros amorosos, la expresión *pasear el ferro* adquirió también una connotación sexual. También se preparaba agua de hierro sumergiendo piezas del metal en agua durante unas horas.

Las damas también usaban el barro para adelgazar. Su uso se popularizó cuando el canon cortesano del Siglo de Oro dictaminó que las mujeres debían ser extremadamente delgadas y pálidas. Quevedo, en su *Casa de Locos*, escribe: «Unas daban en comer barro para adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban estas más amarillas que las otras».

Por la presencia del barro en el intestino, que cubría sus paredes, una resorción de los nutrientes importantes de los alimentos, no solo las proteínas sino también la grasa, no era posible, y esto era lo que llevaba a esas mujeres a adelgazar.

Además, las mujeres se valían también de la bucarofagia como anticonceptivo, un hecho que, a mí, como ginecólogo, me resulta mucho más interesante. El reumatólogo Antonio Castillo-Ojugas (2006, p. 45) afirma «que su principal acción era hacer desaparecer el flujo menstrual. Y eso es lo que buscaban las mujeres tomando el barro». Aunque Giner de los Ríos (1890, p. 119) escribe que «las señoras, después de beber el contenido, comían el vaso; y se cuenta que, para evitar este abuso tan pernicioso a la salud, los sacerdotes hubieron de prohibirlo en el confesionario» pero, como se explica en las próximas líneas, la primera razón por la que la Iglesia prohibió la bucarofagia era la sospecha sobre su efecto anticonceptivo.

El marqués d'Harcourt, diplomático galo, escribe una carta desde Madrid en el año 1689 que contiene las siguientes líneas:

Le suplico diga a la senora de Torcy que le he reunido una buena cantidad de búcaro, pero que estando al punto de entregársela a su correo, mi capellán quiso excomulgarme, puesto que les está vedado a los sacerdotes dar absolución a las

mujeres que los comen, por cuanto tal cosa va contra la generación. En lo que atañe a mi mujer, no tengo escrúpulos. La dejaría comer todo el que quisiera, porque acabará arruinándome con su prodigiosa fecundad. (*Le duc de d'Harcourt à M. de Torcy*, fol. 239v)

Aunque por algunas insinuaciones en la literatura ya apuntan a que las mujeres usaban el barro como anticonceptivo, estas líneas atestiguan que el efecto era de conocimiento general y las mujeres lo usaban para evitar quedar embarazadas. Según la opinión médica en el Siglo de Oro, la arcilla taparía todos los humores y de ahí su poder. La explicación actual de la infertilidad de las opiladas es otra: sabemos que la función de los ovarios depende del eje hipotálamo, hipófisis y ovarios, que constituye un sistema muy complejo. La opilación por el consumo de barro y, en consecuencia, el malestar de las afectadas, produce excesivo estrés al organismo, causando una disfunción en el susodicho eje<sup>2</sup> y, por este motivo, desaparece la menstruación regular como señal del funcionamiento del sistema reproductivo femenino. Esta situación es comparable a la que sufrían muchas mujeres durante la Guerra Mundial, lo que la literatura médica en alemán recoge como *Fluchtamenorrhoe*, que describe la falta de la menstruación por causa del estrés durante la huida (Brugsch, 1949. p. 296).

También se creía que esta costumbre ayudaba a aliviar la hipermenorrea, que es la forma con la que se denomina a una menstruación muy fuerte y que, en algunos casos, puede desembocar en una anemia ferropénica.



Imagen 3 Juan Bautista Martínez del Mazo,  
*La infanta doña Margarita de Austria*, 1665.

<sup>2</sup> Según me explicó el profesor Winfried Rossmantih en una entrevista que le hice en Baden Baden el 14 de mayo de 2020.

En el retrato del pintor Juan Martínez del Mazo de una quinceañera infanta Margarita, puede observarse una palidez patológica que Castillo Ojugas atribuye a una hipermenorrea (Castillo-Ojugas, 2007). Sabemos que los médicos del Siglo de Oro recomendaban el barro como remedio contra esta. En efecto, el principio era el mismo que en el caso de la contracepción: la desaparición de la menstruación a consecuencia del estrés que sufre el cuerpo y por falta de la hemorragia mejoraba la anemia ferropénica.

En el Siglo de Oro aún se consideraba la opinión hipocrática de que, aparte del semen masculino, también existía el semen femenino, y ambos se unían durante la fecundación. Para prolongar el tiempo de la fusión y que se acoplaran las efusiones mejor, los médicos recomendaban comer barro con la idea que este dificultara el flujo de los humores y, de esta manera, incrementara la posibilidad de fecundación.

Pero, como veremos después, en el caso de la Reina Maria Luisa de Orleans, los efectos secundarios nocivos del barro también podían causar severos problemas de salud. Estos efectos secundarios eran, principalmente dos: la opilación y el fallo hepático.

El mayor problema era la opilación que se formaba como consecuencia de la bucarofagia. Para el intestino resultaba imposible asimilar los trozos de arcilla y, muchas veces, las mujeres terminaban sufriendo una oclusión intestinal y perforación del colon, a pesar de que el uso de purgantes en esta época ya era conocido. El fatal desenlace estaba programado.

La condesa francesa D'Aulnoy dio cuenta de esta costumbre en un diario escrito después de visitar a la princesa de Monteleón en Madrid en 1679: «Ya os he dicho que tienen una gran afición por esa tierra, que ordinariamente les causa una opilación: el estómago y el vientre se les hinchan y se ponen duros como una piedra, y se les ve amarillas como las cañas».

Aquí tenemos una descripción clásica de una oclusión intestinal o, como dicen los médicos, un *íleo*. Muy probable la condesa describe precisamente esto al decir «duros como una piedra», porque, en el caso de íleo, el paciente suele presentar el abdomen hinchado y duro como consecuencia de la defensa muscular abdominal en el caso de que el intestino ya esté perforado.

Resulta de un especial interés el caso de la reina Maria Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II el Hechizado, porque aquí la ingestión de barro fue prescrita por los médicos de la Corte con el propósito de dar más tiempo al semen masculino y al femenino para conjugarse. Naturalmente, este tratamiento resultó infructuoso porque Carlos II sufría de la aberración cromosómica conocida como síndrome de Klinefelter, uno de cuyos síntomas es la aspermia. Por ello, el único efecto fue que la reina probablemente muriera a consecuencia de obstrucciones intestinales causadas

por la ingesta de barro.

Está probado, que «en su última merienda comió, además de ostras frías y aceitunas, también barro de Chile como acostumbraba» (Piga y Carro, 1948, p. 39).

En la autopsia que llevó a cabo el médico Francini describe los intestinos, duodeno y yeyuno, dilatados violentamente por los gases y como convulsos, de modo que los movimientos peristálticos parecían anulados del todo antes de morir. El vientre grande y lleno de gases (Piga y Carro, 1948, p. 44). Signos típicos de una peritonitis probablemente en el fondo del colon perforado por la opilación causada por la ingestión del barro.

La descripción de la francesa D'Aulnoy de las damas adictas a la bucarofagia, «y se les ve amarillas como las cañas», da a entender que estas padecían una ictericia grave por la congestión en las vías biliares. En efecto, la opilación afecta no solo al intestino, sino también los conductos biliares. De esta manera, se podía llegar a desarrollar una ictericia por causa de un obstáculo del flujo de bilis, que casi siempre tenía un desenlace fatal por fallo hepático.

Ya advertía Lope de Vega en *El esclavo fingido* (vv. 2637-2640) del peligro que asumían las damas dándose a la práctica de comer barro:

Siempre aquel rostro amarillo  
me pareció mal de ella.  
Reniega tú de mujer  
que se come medio jarro.

Considerando todas las razones que sedujeron a las mujeres para comer barro, no solo la de blanquear la piel y el uso como contraceptivo, sino también las terapéuticas, me atrevo decir que la bucarofagia era una adicción muy peligrosa cuyos beneficios no compensaban, ni remotamente, los peligros a los que se exponían las afectadas. El riesgo era aún mayor si se tiene en cuenta que la medicina en el Siglo de Oro carecía de remedios para tratar un ileo como el uso de purgantes efectivos, y aún menos existía un tratamiento que permitiera sobrevivir una perforación intestinal. Lo mismo es aplicable a una congestión en los conductos biliares acompañado de ictericia, por lo que siempre tenía un desenlace fatal. Afortunadamente, la idea de la belleza fue cambiando con el paso de los siglos y, ante los peligros que llevaba la bucarofagia, sus huellas se pierden completamente en el siglo XIX.

## Bibliografía

- Le duc de d'Harcourt à M. de Torcy*, 6 de abril de 1698, Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Archives Diplomatiques, Correspondance politique, Espagne, vol. LXXVIII, París.
- Brugsch, J., *Die Therapie an den Berliner Universitätskliniken*, Berlín, Urban und Schwarznberg, 1949.
- Castillo-Ojugas, A., «Bucarofagia (comer barro), una curiosa costumbre de nuestro Siglo de Oro», *Los Reumatismos*, 18, 2006, pp. 44-46.
- Castillo-Ojugas, A., «Un remedio para incubrir embarazos y disminuir la menstruación», *Los reumatismos*, 21, 2007, pp. 46-47.
- D'Aulnoy, M.C., *Viaje por España en 1679*, trad. L. Ruiz Contreras, Madrid, Ediciones La Nave, 1920.
- Giner de los Ríos, H., *Artes industriales desde el cristianismo hasta nuestros días*, Barcelona, Antonio López, 1890.
- Piga, A. y Carro, S., *Informes sobre la causa de la muerte de la Reina María Luisa de Orleans*, Madrid, Imprenta Cosano, 1948.
- Seseña, N., *El vicio del barro*, Madrid, Ediciones elViso, 2009.

## Imágenes

- Imagen 1: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, *Las Meninas*, 1656, Madrid, Museo Nacional del Prado.  
<https://www.museodelprado.es/en/the-collection/art-work/las-meninas/9fdc7800-9ade-48b0-ab8b-edee94ea877f> [8.12.2021].
- Imagen 2: Búcaros de barro de Estremoz (s. XVI-XVII), Patrimonio Nacional.  
<http://xsierrav.blogspot.com/2020/06/las-meninas-v-bucarofagia.html> [8.12.2021].
- Imagen 3: Juan Bautista Martínez del Mazo, *La infanta doña Margarita de Austria*, 1665, Madrid, Museo Nacional del Prado.  
<https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-infanta-doa-margarita-de-austria/88462bf7-a4f2-4238-901e-8541105293d5> [8.12.2021].